



La Cartera de Regino⁽¹⁾

Primera Parte.

...; Lucha noble y gloriosa! Un pueblo valiente, leal y sufrido, se alzó en masa, se arrojó en un palenque formidable, y desafió al poder más colosal que han visto los siglos. ¡Vengan mi rey y mi libertad! Los Pirineos vomitan sobre la

(1) Es una cartera vieja, y muy ajada. Sus primeras hojas están humedecidas, raídas, y los caracteres que hay en ellas están ilegibles, casi del todo; pero se dejan conocer algunos fragmentos de versos trazados con lápiz, varias cifras entrelazadas, y uno u otro dibujo borrado. Muchos de esos caracteres parecen de mano de mujer. En la foja 17 comienzan estos apuntes,

Península impetuosos torrentes de fuego y destrucción, contestando á este alarido sublime y aterrador. Ambas orillas del Ebro, y Cataluña, Navarra, las dos Castillas, las Andalucías... desde Reux hasta Cádiz, desde Irum hasta Valencia..., todo se eriza de bayonetas. Los caminos reales resuenan constantemente con la incansable marcha de los siempre vencedores ejércitos de Napoleón, la lid se trababa, y comienzan los desastres. ¡Vengan mi rey, mi independencia y mi libertad...! Tal fué el grito de los generosos españoles. ¡Ah! Volvió el rey, después de seis años de una guerra á muerte..., venció el pueblo español al capitán del siglo, y recibió por recompensa la opresión, y la más vergonzosa esclavitud. ¡Sangre de tantos millares de víctimas!, algún día fructificará el árbol que has regado tan copiosamente.

Yo desperté á la luz de la razón, en lo recio y más empeñado de la guerra. Mis hermanos mayores estaban alistados en las filas de los patriotas. Mi padre me llevaba de la mano á las galerías de las cortes, reunidas en Cádiz bajo las baterías enemigas; y las primeras impresiones que allí recibí, fueron el odio á los franceses, y el amor de la patria y de la libertad.

Creció aun más la borrasca, y al fin arrebató, en su impetuosa rapidez, á to-

dos los míos. Quedé solo en el mundo, á la edad apenas de nueve años. Los patriotas andaban dispersos: los amigos de mi familia emigraban al extranjero. "Venció la nación, cayó el tirano, volvió el rey!" Tal era ya el nuevo grito que escuchaba; pero yo no podía comprender, por qué los caudillos de la libertad estaban aherrojados en las más oscuras y estrechas prisiones; por qué se levantaban patíbulos, en todo el reino, para los patriotas más esclarecidos; ni por qué, en fin, el himno de la victoria se trocaba en cántico funeral. Confundido y absorto, dejé escapar, por la primera vez, un grito de maldición; pero era un grito vago é indefinido. Corrí al sepulcro de mi padre, muerto de resulta de cierta herida, que recibí en una acción junto al "Trocadero:" le pedí inspiraciones: lloré... y al cabo, me retiré tranquilo, porque sucumbió como mueren los valientes, y no á manos de un verdugo infame, que ahorcaba á los liberales, seguramente en nombre de Satanás.

Cuando mi honrado padre murió por la patria, también mis hermanos y dos tíos, que me amaron mucho, ya habían presentado la ofrenda de sus vidas en el altar de la libertad. La autoridad pública me nombró un tutor, para que se encargase de mi educación y de mis bienes; que no eran cortos. Ese tutor, parecía

amigo de mi padre, y yo había creído que tenía sus propias ideas, según se expresaba en la época anterior. Pero luego comenzó á hablarme sobre un decreto de 4 de Mayo, que yo no comprendía á derechas: se empeñó en arrancar de mi corazón las semillas, que en él habían caído: me dió unos maestros tan infames como ignorantes: su aspereza rayaba en despotismo intolerable; y un día le hice mil reproches, que lo confundieron y avergonzaron. ¡Muy pronto se vengó el malvado! Por instigaciones suyas, se fulminó un proceso contra la memoria de mi padre..., y mis bienes quedaron confiscados, en beneficio de la real hacienda, porque la virtud, lealtad y patriotismo de aquel héroe, se calificaron de traición y rebeldía. El villano que me servía de tutor, me lanzó de su casa, manifestándome que sus funciones habían cesado. Yo me quedé sobrecogido de pavor y de amargura. Corrí á quejarme á todas las autoridades, desde el capitán general, hasta el comisario de cuartel. De todas partes fui lanzado con oprobio, y con una brutal insolencia.... Mi primera maldición fué contra las cosas.... Esta vez maldije á las cosas y á los hombres.

Sin embargo de que el infame tutor me había dicho que ocurriese por mi equipaje cuando gustase, yo juré no recibir cosa alguna de su mano inmunda y desleal....,

y cumplí mi juramento. Anduve vagando por las calles... Uno ú otro conocido, que encontraba, me dirigía cierta mirada de compasivo desdén, y proseguía su marcha sin detenerse. ¡Ay de mí!, no sólo era yo inocente, sino incapaz de delinquir....; y no obstante sufría un castigo horrible é inmerecido... ..

Por la noche, volví otra vez al cementerio, á lamentarme ante el sepulcro de mi padre, contra las injusticias de los hombres. Una tumba es un monumento colocado en los límites de este y del otro mundo; y al acercarme á la que encerraba los inanimados restos del hombre virtuoso que me dió el ser, me pareció sentir el influjo de la divinidad. Aun no se habían borrado de mi alma mis primeros sentimientos religiosos. ¡Todavía conocía y amaba á Dios, porque el emponzoñado soplo del vicio y de la corrupción, no había agostado la lozanía de mi espíritu. ¡Todavía era yo una flor tierna y fragante! Resolví abandonar á mi patria, en la cual nada me quedaba, sino aquel sepulcro y aquellos huesos, á los cuales yo no podía decir: 'Levantaos y seguidme á una tierra extranjera.' ¡Aun nunca me olvidaré de aquella noche sombría, en que mis ojos se secaron de tanto llorar.

Salí del cementerio, y volví á aquella animada y bulliciosa ciudad. Eché á an-

dar, al azar, por las primeras calles, y ni un amigo, ni un conocido, ni una sola alma piadosa encontré que se doliese de mí. Para pasar la noche, me tiré en un soportal, en que solían pasarla los pillos, los mendigos y la gente más soez é inmundada de la ciudad. Por la primera vez de mi vida, escuché ciertas palabras horribles, que me helaron. El lenguaje de aquellos perdidos, me pareció tan extraño y sorprendente, que llegué á figurarme que, ó estaba con fiebre, ó que había sido arrebatado á una región desconocida. Todo lo que el vicio y la malignidad pueden inventar de más obscuro y asqueroso, apenas podría compararse con el discurso infernal, con que uno de aquellos desalmados, arengaba á la zahurda de vagamundos, que allí estaban reunidos sin distinción de sexos ni edades. Escurrime hasta un rincón obscuro, á donde no llegaba la luz de un farol que alumbraba la calle, y me dormí, rendido de cansancio y de fatiga. Yo no sé lo que pasaría en el resto de la noche; pero algún escándalo ocurrió, cuando la guardia de un cuartel inmediato acudió á aquel funesto sitio, y arrastró á la cárcel á cuantos encontró allí. Yo pedía, por Dios, que me oyesen, y me dejasen libre. Mis gritos y mis súplicas fueron inútiles, porque nadie se dignó hacer alto en mí, por más señas que daba de mi persona. Marché á la cár-

cel; y la cárcel vino á ser mi segunda escuela social. La primera fué la casa de mi padre, en que sólo había aprendido los más sanos principios de religión y patriotismo.

Confuso y avergonzado, no hacía mas que llorar, cuando conocí que era inevitable el mal que me vino, sin buscarlo. Esperaba que me interrogasen, á fin de dar mis descargos, y obtener la libertad. ¡Esperanza vana! Nadie se tomó la molestia de informarse, y, pasados ocho días, me destinó el alcaide, hombre duro y feroz, al servicio interno de la cárcel.

—Pero, señor alcaide, le dije: ¿qué autoridad me condena, sin oirme siquiera?

—¡Hola el rapaz!, me respondió, mirándome de pies á cabeza. Parece que llegó hasta tu ridícula persona, el maldito contagio de la constitución. ¿Qué hablas tú de condenar con audiencia ó sin audiencia, renacuajo?

—El maldito y el ridículo es usted, infame verdugo. Yo soy hijo de un patriota honrado y valiente, que murió por la santa causa de la libertad.

—¡Esas tenemos, eh! A ver, cómitre: dijo entonces con sorna: hágase usted cargo de este ilustre vástago de un patriota, y... con veinticinco hay bastante, por ahora.

Y aquellos monstruos me desnudaron,

y me maltrataron, hasta dejarme medio muerto, y cubierto de sangre.....

.....
 Todo mi valor y mi sufrimiento quedaron agotados, en esta terrible y durísima prueba. Mi alma quedó exhausta de sentimientos, y mi corazón se halló tan oprimido, que por espacio de tres meses, más parecía yo un estólido ó un bruto, que un ser racional y sensible. Todos me humillaban, me injuriaban, y se divertían en molestarme y hacerme daño. Vestido con el traje de la casa, mis ocupaciones eran las más bajas y abyectas: mi alimento, un pedazo de pan bazo, negro y duro, con algunos otros mendrugos que podía recoger. Un día llegó á su colmo la medida de mi sufrimiento. Ejercitábame en amolar un cuchillo, que había servido en la mesa del alcaide, cuando éste pasó junto á mí, y, por vía de diversión, me dió un tremendo golpe en la cabeza, que me hizo saltar la sangre por boca y narices.

Sólo recuerdo que hice además de abalanzarme sobre aquella fiera, y que poco después caí sin sentido. Más tarde supe que había dado catorce puñaladas á aquel desventurado, y que había muerto en el acto. ¡Dios le haya perdonado sus crímenes!

¡Heme aquí en el principio de una nueva carrera! Cuando me ví encerrado en

un calabozo húmedo y oscuro, con una pesada barra de grillos á los pies, y sin tener en donde reclinar la cabeza, comencé á recoger mis ideas. Uno á uno pasaron por mi acalorada imaginación, todos los sucesos de mi vida, tan corta y tan sembrada de calamidades. ¿A quién había causado ningún mal? Niño, tan niño como era: ¿en qué podría delinquir? Yo siempre había sido bueno, indulgente y afable con todos, porque tales fueron los primeros sentimientos que se grabaron en mi corazón: ¿por qué, pues, condenarme á arrastrar, desde el principio, la odiosa cadena que pesaba sobre mi cuello? Perdíame en un mar insondable de conjeturas: agitábame en medio de mil vacilaciones. ¡Perdóname, ó padre mío! llegué á figurarme, que acaso habrías sido algún criminal famoso, y que, por tanto, la justicia del Cielo, y la del mundo, me habían escogido como á víctima expiatoria. Abrumado de dolores de cuerpo y alma, sin hallar quien me aliviase las prisiones, sin tener, en muchos días, á quien dirigir la palabra, para rogarle que, por amor de Dios, me diese la muerte... casi fuí perdiendo la cabeza. Lancé gritos agudísimos... pedí misericordia, y, á la vez, proferí blasfemias, profanando el nombre.... ¡Era ya una criatura perdida!!! No sé lo que ocurrió después.

Quando pude recobrar un tanto el uso

de mis potencias, me hallé tendido en una cama de hierro, sujeto fuertemente á ella, vestido con un ropaje singular, y encerrado en una especie de jaula estrecha. Algunas personas, como por curiosidad, se acercaban á mirarme, me daban golpecitos con una varilla larga, me arrojaban frutas como á un animal montés y lanzaban estrepitosas carcajadas al observar mi aire estúpido, y mis contorsiones ridículas.

—Ya no es tan huraño, decía uno.

—Tiene más cara de tonto que de loco, respondía otro.

—¿Le aprovecharon las azotainas, eh?

—Sí: el loco por la pena es cuerdo.

—Pero, ¡vaya un loquito furioso!

—Parecía un demonio encarnado.

—Loquito, ¿ya no quieres dar puñaladas?

—Loquito de mi vida y de mi alma, ¿todavía eres muy patriota y muy constitucional?

¡Ah! entonces comprendí que me hallaba encerrado en una casa de locos, en Sevilla... .. Mi abatimiento fué extremo. No hacía sino llorar, hilo á hilo, los días y las noches. A nada respondía, y mostraba en todo la más profunda indiferencia. Comía y bebía mi ración miserable, con resignación y paciencia... hasta que por lástima, ó

por aburrimiento, me franquearon la puerta. Sucio, andrajoso y enfermizo, comencé á arrastrar mi triste existencia por aquellas calles... ¡Quince meses habían transcurrido desde la muerte del alcaide! Mi memoria, ¡qué sé yo!, nada me decía de cuanto había pasado. Mendigaba humildemente mi sustento... dormía en un zaquizamí, que un pobre anciano me ofreció. ¡Así pasaron seis meses más de mi existencia!!!

Pero al fin, mis facultades mentales comenzaron á recobrar su aplomo. Reflexionaba ya, y me parecía imposible, que yo fuese aquel niño Regino, á quien su honrado padre había procurado educar con tanto y tan singular esmero. Recordaba que había aprendido á leer y escribir correctamente: que había tenido maestros...: que mis adelantos eran aplaudidos; y que todos decían que era yo la esperanza de mi familia; pero, en aquel momento, era yo un semi-bruto, un ser estúpido, que pertenecía á la escoria de la sociedad. Me pedía razón de mi conducta, y nada encontraba que reprocharme, si no fuese el haber alimentado siempre los sentimientos generosos, que en la infancia me había inculcado. ¡No hay remedio!, exclamaba. A mí me han querido educar en un mundo ideal, y es preciso salir de esta quimera.

La imagen de aquel alcaide muerto á

mis manos, me perseguía; y sin embargo, yo podía decir á cualquiera, "ven, júzgame, y, si te atreves, condéname."

Un día hice sobre mí mismo el más vigoroso esfuerzo, y resolví salir, á cualquier precio, de aquella condición humillante. Si inculpable, dije para mí, he sufrido tan crueles tormentos, yo veré que hacen de mí, teniendo diferente conducta.

¡¡¡ Metíme á pillo!!!

En medio de mis diversas correrías, permanecí en Cádiz, á donde me arrastraban mis antiguos recuerdos. ¡Vergüenza tuve de visitar la tumba de mi padre!

Un sujeto, embozado con aire de misterio, sorprendiome, cierta noche, extrayendo un pañuelo del bolsillo de no sé qué oficial superior, que se paseaba por la plazuela de San Antonio. Corteme al punto.—¡Chist! me dijo: deme usted el pañuelo.—Entreguésele maquinalmente, y corrió á devolverlo á su legítimo dueño, significándole que, en su tránsito, lo había dejado caer. Volvió luego junto á mí, que aun no recobraba del susto, y me mantenía clavado en el mismo sitio. Tomóme de la mano, y me dejó guiár. Entramos en una casa pequeña, pero de apariencia muy decente. Subimos la escalera, y me encontré en una salita bien amueblada. Despojóse mi hombre de un gran capote que lo cubría, y apareció

un joven de agradable presencia, que se puso á examinarme con la mayor intención.

—Eres un pilluelo: díjome al cabo.

—Sí, señor.

—Has abrazado un malditísimo oficio.

—Sí, señor.

—Merecías la horca.

—Sí, señor.

—¡Eh, no hay que moler! ¿Quieres hacer algo de provecho?

—Con mucho gusto.

—Bien: yo necesito de un muchacho vivo, así como tú: ¿me entiendes?

—Me parece que sí.

—Así me gusta: con sus puntos de malicioso.

—Puede usted disponer de mí.

—Por supuesto que dejarás de ser ratero: ¿es verdad, ó es mentira?

—Es verdad.

—Y has de hacer lo que yo te mande, al pie de la letra: ¿qué tal?

—Lo que usted me mande, al pie de la letra.

—¡Nada de miedo!

—Nada de miedo.

—Perfectamente. En la madrugada próxima, saldremos á la mar.

—Cuando usted guste.

—Ahora, ven y cenarás. ¿Tú bebes vino?

—No, señor